

Paisajes del hábitat rural: transformaciones territoriales y arquitectura más que humana

Rural Habitat Landscapes: Territorial Transformations and More-Than-Human Architecture

 <https://doi.org/10.48162/rev.40.063>

Noelia Cejas

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Universidad Nacional de Córdoba
Argentina

 <https://orcid.org/0000-0001-9793-3031>
 noelia.cejas@unc.edu.ar

Fernando Vanoli

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Universidad Nacional de Córdoba
Argentina

 <https://orcid.org/0000-0002-4599-725X>
 fer.vanoli@unc.edu.ar

Resumen

Este trabajo analiza las transformaciones territoriales y las dinámicas del hábitat rural en el noroeste de Córdoba, desde una perspectiva multidisciplinaria, para explorar la noción de “arquitectura más que humana”. Estudios previos han destacado las tensiones entre los procesos de modernización y las prácticas tradicionales, pero han desestimado la relevancia de los saberes, las afectividades y las materialidades locales en la configuración del hábitat rural. A partir de esta vacancia, el artículo indaga sobre los paisajes del progreso y del hábitat rural para identificar las claves de resistencia y sostenimiento de las comunidades campesinas, procurando la construcción de nuevas narrativas para el sostenimiento de la vida. El análisis combina métodos cualitativos con un enfoque interdisciplinario basado en aportes de geografía crítica y cultural, la arquitectura rural, la filosofía y la antropología

posthumanista. Los resultados muestran cómo las relaciones animadas con materiales locales y las prácticas constructivas tradicionales forman parte de una resistencia frente a las lógicas extractivistas. Se concluye que estas prácticas no solo configuran el paisaje, sino que constituyen una crítica al modelo agroindustrial, abriendo nuevas vías para reimaginar el territorio desde una perspectiva relacional.

Palabras clave: hábitat rural, arquitectura más que humana, paisajes culturales

Abstract

This paper analyzes territorial transformations and the dynamics of rural habitats in the northwest of Córdoba from a multidisciplinary perspective, exploring the notion of more-than-human architecture. Previous studies have highlighted the tensions between modernization processes and traditional practices but have underestimated the relevance of local knowledge, affectivities, and materialities in shaping rural habitats. Addressing this gap, the article examines the landscapes of progress and rural habitats to identify key elements of resistance and resilience within peasant communities, aiming to construct new narratives for the sustenance of life. The analysis combines qualitative methods with an interdisciplinary approach grounded in contributions from critical and cultural geography, rural architecture, philosophy, and posthumanist anthropology. The findings reveal how animated relationships with local materials and traditional building practices constitute a form of resistance against extractivist logics. The study concludes that these practices not only shape the landscape but also offer a critique of the agro-industrial model, paving the way for reimagining territory from a relational perspective.

Keywords: rural habitat, more-than-human architecture, cultural landscapes

Introducción

“Al igual que el hornero, el rancho es la misma tierra que se erige hogar. Cuando se habita en rancho, se habita al mismo paisaje: barro, paja, piedras y palos del territorio son reunidos para configurar un hogar. Por eso el rancho es un elemento constitutivo del paisaje: junto al cerro, el río y el monte son parte del hábitat humano y no humano. Esa profunda certeza, resumida en la idea de ‘pago’, anida en cada campesino y campesina. Extensión de tierra ellos, extensión de tierra la vivienda campesina”, *Título de la obra*, Pablo Rosalía Cannata.

Con estas palabras de Pablo Rosalía Cannata, narrador de historias y memorias de la ruralidad cordobesa, da cierre al *Catálogo de espacialidades del hábitat rural* (Vanoli, 2022b). Esa publicación fue un trabajo colectivo, interdisciplinario, corolario de años de trabajo de campo, para pensar relacionadamente los componentes materiales y simbólicos del hábitat, desde diferentes lenguajes y registros. Esas palabras de cierre son ahora palabras de

apertura, con la intención de seguir profundizando en definiciones subyacentes a aquel trabajo y otras que surgieron de reflexiones posteriores a él.

Desde hace tiempo, intentamos comprender las transformaciones y dinámicas del territorio rural en el noroeste de Córdoba (Vanoli, 2022a), por lo que en este artículo nos interesa detenernos en las categorías de paisaje, hábitat y arquitectura, procurando profundizar en un sentido relacional. El hábitat no es la vivienda, sino ese conjunto de espacialidades que dan lugar a los modos de vida rurales y campesinos, y más específicamente a la trama de relaciones significativas que dan sentido a esas espacialidades. La distinción de estas espacialidades es un ejercicio analítico ya que estas se expresan de manera imbricada, y es justamente esa integralidad lo que permite el sostenimiento de la vida campesina en la ruralidad. En ese sentido pensar al hábitat como un paisaje material y cultural (Vanoli, 2022a; Cejas y Mandrini, 2022), donde el vínculo cultura-naturaleza-espacio es central, nos permite reconocer la trama de relaciones que configuran un tipo de arquitectura más que humana.

El noroeste provincial se caracteriza por presentar grandes extensiones de relieve serrano, históricamente considerado desfavorable para los cultivos de cereales y oleaginosas. Su estructura agraria está conformada por grandes estancias ganaderas y pequeños productores, así como por comunidades campesinas. Sin embargo, en los últimos años, se ha observado el avance de cultivos transgénicos en la región. A esta caracterización, se suma una infraestructura deficitaria de bienes y servicios y el hecho de que históricamente presenta los peores indicadores de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y de productividad en la provincia de Córdoba. Este dato es especialmente relevante ya que, a contramano de las promesas del derrame, en lo que va del siglo XXI, las transformaciones en el uso del suelo ligadas a cultivos transgénicos produjeron un crecimiento en materia de exportaciones, sin que los indicadores de NBI en la región se modifiquen significativamente.

De esta manera, en las últimas décadas este espacio se ha consolidado como un campo de disputa frente a los procesos de modernización del territorio, impulsados por programas asociados al capitalismo agrario y la turistificación. Estas dinámicas han relegado las formas tradicionales del hábitat rural, las que paulatinamente son borradas de la memoria de la región. Estas transformaciones han sido profundizadas por políticas públicas provinciales destinadas al reemplazo de arquitecturas vernáculas como el rancho (Cejas, 2024), las que han contribuido de manera significativa a esta reconfiguración territorial.

El interés de este trabajo es focalizar en la relación entre paisaje y la configuración del hábitat rural como modo de visibilizar una dimensión histórica y de resistencia de estos territorios. A partir de los años 70, en toda Latinoamérica las políticas económicas neoliberales,

caracterizadas por la liberalización de los mercados y la desregulación estatal, facilitaron la expansión del modelo del agronegocio. En particular, los años 90 supusieron una profunda transformación de los territorios con la incorporación de la soja transgénica, configurando lo que aquí nombramos como “paisajes del progreso”. Su contracara fue el fortalecimiento de resistencias campesinas organizadas por el derecho a la tierra que, en un sentido amplio, es una defensa integral del sostenimiento de sus formas de vida. Pero incluso más allá de las comunidades organizadas, entendemos que las formas de vida rurales persisten en sus prácticas, saberes y técnicas, y suponen un modo de producción de espacios y territorio basados en una racionalidad ambiental (Leff, 2019; Vanoli y Mandrini, 2021) y relacional con cada uno de los elementos, vivos y no vivos. Este tipo de micropolítica de resistencia está presente en los paisajes del hábitat rural que, a pesar del avance del capitalismo agrario y las brutales políticas de erradicación de ranchos, todavía sostienen, con enormes dificultades, sus formas de habitar.

La pregunta que motoriza este trabajo tiene que ver con las posibilidades de imaginar un futuro mejor y componer nuevas narrativas, a partir de una lectura crítica de esos territorios, atendiendo a sus memorias y persistencias. Para este artículo, proponemos indagar sobre los paisajes del progreso, en tanto fetiche de la modernidad y en los paisajes del hábitat rural, procurando dar forma a la categoría de arquitectura más que humana. Este dispositivo de análisis conjuga aportes para pensar el espacio, la naturaleza y la cultura (desde la geografía crítica y cultural, la arquitectura rural, la filosofía y la antropología posthumanista).

Dispositivo de análisis

El enfoque metodológico de este trabajo es cualitativo e interdisciplinario. Los paisajes culturales constituyen un dispositivo heurístico para leer los territorios, buscando profundizar en las categorías de paisajes del hábitat rural y arquitectura más que humana. Estas dos categorías forman parte de una mirada crítica sobre los procesos de transformación en los territorios y lejos de ser pares opuestos, los entendemos como niveles de análisis complementarios. Cada categoría es un acercamiento que nos permite observar determinados aspectos y en el conjunto reconocer una trama territorial más compleja. A través del trabajo de campo que desarrollamos en los últimos 6 años en torno al hábitat rural en la provincia de Córdoba¹, conformamos un archivo fotográfico, etnográfico, de

¹ Las comunidades y familias con quienes hemos realizado nuestro trabajo de campo se localizan en La Patria (Chancani), Villa de Pocho, Tres árboles (Tagnasa), Chuña (ischilín), San José de las Salinas, Pozo de la olla, Yosoro (San José de la Dormida).

cartografías y de análisis crítico que es revisitado en este trabajo buscando reconocer la manera en que se producen relaciones significativas en los órdenes cultura-espacio y cultura-naturaleza.

Una de las estrategias metodológicas en este trabajo son las cartografías interpretativas históricas, concebidas como soportes gráficos capaces de expresar las transformaciones del territorio, para comprender el presente y los paisajes a lo largo del tiempo. En este caso, las cartografías se circunscriben a la región del noroeste de Córdoba y se enfocan en expresiones espaciales que revelan tensiones entre las formas tradicionales del hábitat rural y los paisajes del progreso. La reconstrucción cartográfica se apoya en la habilidad para describir e interpretar los elementos distintivos del territorio, así como las dinámicas y patrones que han dado forma a su organización espacial. Siguiendo a Geertz (1992), este enfoque propone una interpretación profunda que va más allá de una simple observación descriptiva, conectando las características físicas del territorio con los contextos culturales, para así comprender la complejidad de la región en sus dimensiones temporales y simbólicas.

Desde la estrategia metodológica de fotografía etnográfica (Pink, 2021) es posible pensar la fotografía no solo como un medio de registro visual, sino también como una herramienta reflexiva y sensorial para explorar y representar las experiencias culturales, sociales y espaciales de las personas en sus entornos. Desde esta perspectiva, la fotografía etnográfica no solo documenta, sino que también permite la interpretación y narración de historias culturales.

Para realizar este estudio, proponemos analizar 2 tipos de paisajes, con intención de profundizar en el que da título a nuestro trabajo. Por un lado, se analizan los paisajes del progreso, buscando dar cuenta de la manera en que las narrativas del desarrollo (Cejas, 2020) y el capitalismo agrario se expresan en el territorio rural. Por otro lado, analizaremos paisajes del hábitat rural, para dar cuenta de las racionalidades ambientales y relacionales que componen una arquitectura más que humana.

La categoría de paisajes culturales cumple una función teórico-metodológica que nos permite observar el territorio rural del noroeste de Córdoba bajo una mirada integral y contemporánea, articulando espacio-naturaleza-cultura, sobre los procesos que históricamente le han dado forma. Esos procesos conforman una superposición de distintas capas del pasado que le confieren un sentido colectivo al paisaje contemporáneo, y son resultados de las dinámicas sociales de quienes han manifestado allí transformaciones materiales y simbólicas. Según Tiffany Kaewen Dang (2021), históricamente, el concepto de paisaje ha sido utilizado como una herramienta disciplinaria para facilitar el control de la

tierra y las estrategias coloniales; incluida una perspectiva cultural que, para la autora, es fundamental para la perpetuación del imaginario colonial (en nuestro caso bajo una lectura de modernización y progreso, lógicas actualizadas del colonialismo). En términos amplios, las disciplinas espaciales han constituido hegemonías en la historia colonial, como la construcción de mapas y cartografías. Esto prefigura un soslayamiento de otras formas de producción espacial y percepción del paisaje, que en este trabajo se propone visibilizar como una disputa. Si en la crítica de la autora, las representaciones del paisaje sirven para sostener las hegemonías, en este análisis, nos proponemos también evidenciar paisajes de resistencias.

En palabras de Urquijo Torres (2020), se trata de una memoria geográfica de diferentes presencias; “reconocer lo cultural en el paisaje es hacer conciencia de la relación intrínseca e inseparable que existe entre el ser humano, de forma individual o colectiva, y los lugares que habitan, transforman y que cargan de sentidos” (p. 32). Esta categoría nos permite comprender el espacio a través de las interacciones entre cultura y naturaleza, y particularmente, más allá de lo humano; tramas y relaciones de parentesco con alteridades-no-hu-manas (Haraway, 2019).

Paisajes del progreso

Dijimos al comienzo del trabajo que nos interpela el imperativo de imaginar un futuro mejor y componer nuevas narrativas. Esto implica también reconocer la existencia histórica de narrativas dominantes que desarticulan la vida en el hábitat rural (Cejas, 2020). Por eso, nos interesa exponer las relaciones de poder que establecen disputas en la producción del espacio (Lefebvre, 2013). En otras palabras, toda relación social conlleva una forma de producción de espacio en la que se inscriben relaciones de poder, dominadas por procesos de modernización del territorio. En ese sentido, Massey (2008) afirma que el espacio es producto de relaciones, y agrega en sus términos, que conforman geometrías del poder. Utiliza ese concepto para describir cómo las relaciones espaciales están atravesadas por estructuras desiguales de poder y por el modo en que diferentes actores experimentan, producen y controlan el espacio de maneras desiguales.

Desde la perspectiva de Dang (2021), el concepto de paisaje ha sido históricamente una herramienta disciplinaria utilizada para facilitar el control de la tierra y reforzar estrategias coloniales. En nuestro contexto, estas estrategias se actualizan en la construcción de un paisaje basado en las transformaciones del capitalismo agrario, la expansión del desarrollo turístico y las políticas habitacionales de reemplazo de viviendas vernáculas. Así, la

construcción de imágenes y discursos sobre el paisaje opera como un mecanismo de legitimación de la intervención estatal y privada en los territorios campesinos. En este sentido, los paisajes del noroeste cordobés presentan transformaciones subordinadas a procesos de modernización del territorio, caracterizadas por un ideal de progreso. Nos referimos al capitalismo agrario (dimensión en la que nos detendremos en este texto), la turistificación y las políticas habitacionales. En palabras de Benjamin (2008), un ideal que se construye a partir de una mirada lineal de la historia que mira solo hacia adelante sin ver las ruinas que deja atrás. El autor sostiene que el análisis histórico debe captar la constelación que el presente forma con el pasado, para construir un futuro con la exhumación de las potencialidades ocultas del pasado. Según Gordillo (2018), Benjamin “estaba interesado en arcadas, fetiches, ruinas, destrucción, supervivencias y fantasmagorías para contribuir al despertar colectivo de la pesadilla del mundo de ensueño burgués” (p. 0). Por lo tanto, es posible analizar las prácticas y espacialidades del hábitat rural como mirada crítica del presente y como forma de entorpecer el fetiche/ideal de futuro que propone el progreso.

El paisaje que propone el hábitat rural tiene algo de tradicional que persiste, pero no como una nostalgia del pasado, mucho menos como una expresión del atraso –que las narrativas dominantes componen–, sino como algo que siempre está en movimiento, que se transmite y se transforma en cada momento histórico (Urquijo Torres, 2023); una manera de reactivar el pasado desde el presente, no para preservarlo intacto, sino como fuente de resistencia y crítica que puede ser utilizada para reimaginar el futuro.

En contextos latinoamericanos, el tiempo presente es una sumatoria de capas de naturaleza contradictoria y heterogénea, en lugar de observar los procesos de manera dicotómica (indígena o europeo, tradicional o moderno, etc.), Rivera Cusicanqui (2015) propone reconocer que las realidades son una intersección de diferentes historias, culturas y prácticas. Según la autora, existen horizontes diferenciados que se yuxtaponen como capas de diversos pasados en cada momento de nuestra vida y todo eso se suele encubrir bajo la noción totalizadora de modernidad.

Lo que tracciona el futuro a partir de la mirada del progreso desintegra materialidades y condiciones de sociabilidad de ensambles espaciales-culturales-naturales que componen paisajes que no se ajustan a esas narrativas: “esto significa que la principal forma de medir la destrucción es a través de su impacto sobre los cuerpos y prácticas humanas y en general sobre toda forma de vida” (Gordillo, 2018, p. 108). En nuestro caso, las prácticas del hábitat rural mantienen una relación animada –racionalidad ambiental y afectividad– con el territorio, en contraste con las lógicas desanimadas del capitalismo agrario. Las narrativas

del progreso imponen transformaciones específicas que fragmentan la relación entre espacio, naturaleza y cultura. Por eso, es importante componer nuevas narrativas, cuando observamos que el clivaje de los discursos extractivistas vira hacia la sustentabilidad, la agricultura inteligente o la biotecnología, sin discutir ni un poco el aplastamiento del vínculo con lo viviente, lo vibrante o lo animado que sostiene la vida.

Paisajes del hábitat rural

Comencemos por una definición de hábitat rural, antes de pensarlo en tanto paisaje. Desde una perspectiva situada, esta forma de producción del hábitat está estrechamente vinculada al territorio donde se erige, desde donde se establecen relaciones con los materiales del entorno y a partir del cual se definen espacios y funciones (Cejas y Mandrini, 2022). Recuperamos como punto de partida los aportes de Demangeon (1956) quien, a mediados de siglo XX, define a la vivienda rural como una expresión del medio geográfico, donde cada lugar es diferente “por el suelo y clima, por la agricultura, modos de vida y civilización, que no pueden haber producido los mismos tipos de casas” (p. 148). Esta definición nos brinda un primer elemento para pensar los paisajes del hábitat rural en clave situada, sin reducir la vivienda a un objeto de análisis escindido de su entorno. Pero además el autor señala que la fisonomía de las viviendas rurales manifiesta en sus materiales el lugar donde se encuentran, “parecen verdaderamente surgidas de la tierra que las sostiene” (p. 159). Lo sugerente de esa definición es que en lo estético radica una mirada que puede ir más allá de lo utilitario o lo funcional, busca dar cuenta del vínculo animado con la materialidad. Los materiales locales (barro, madera, piedra) no solo son funcionales, sino que forman parte de un entramado vital, revelando relaciones afectivas con el territorio. En esa clave estética nos interesa profundizar para pensar el interjuego espacial, cultural y natural en clave relacional.

Recuperamos entonces la perspectiva de Tim Ingold (1993), quien señala que la noción de paisaje rechaza cualquier simple relación binaria entre el ser humano y la naturaleza. En sus palabras, “el paisaje no es idéntico a la naturaleza, ni se opone a ella desde el lado de la humanidad” (Ingold, 1993, p. 3). Más aún, el autor plantea que el paisaje forma parte de nosotros: “a través de vivir en él, el paisaje se vuelve parte de nosotros mismos, de la misma forma que nosotros somos parte de él” (p. 3). Desde esta perspectiva, el paisaje no es un objeto externo que se observa o se representa, sino una realidad vivida y coproducida a través del acto de habitar. Esa definición es una invitación a entender el paisaje como un proceso relacional, resultado de la interacción continua entre los seres humanos y su entorno. Este enfoque se sintetiza en la idea de habitar, entendida no solo como una ocupación física del espacio, sino como un entramado de conocimientos, prácticas,

movimientos y relaciones afectivas que dan forma y sentido tanto al paisaje como a quienes lo habitan. Habitar, en esta clave, implica un constante devenir donde el ser humano y su entorno se transforman mutuamente, desdibujando los límites entre naturaleza y cultura, y revelando al paisaje como un campo de vida en constante transformación, por sutil que sea.

Para abordar los paisajes de hábitat rural nos interesa plantear aquello que el autor define como “paisaje de tareas (*taskscape*)” (Ingold, 1993). Esta categoría permite describir el paisaje no como un escenario estático o un objeto de contemplación, sino como un espacio vivido –al decir de Lefebvre– y configurado por las actividades cotidianas y las relaciones que emergen de ellas. En un primer alcance de este concepto, el paisaje de tareas se compone de actividades realizadas tanto por seres humanos como por otros seres vivos en su entorno. Estas tareas son relacionales y están conectadas entre sí en un proceso continuo de acción y transformación. Esto, señala el autor, nos llevaría a definir los límites del paisaje de tareas en torno a los seres animados. Reducir el paisaje de tareas exclusivamente a las actividades de seres animados sería un error porque el mismo incluye no solo las acciones intencionales de los seres vivos, sino también las condiciones, procesos y dinámicas materiales del entorno que no necesariamente tienen agencia consciente, pero que participan en la configuración del paisaje. De esta manera se enriquece el planteo, ya no solo indicando la relacionalidad que compone el paisaje sino también la dislocación de relaciones jerárquicas entre seres animados (vale decir que en esa definición también se disloca la jerarquía antropocéntrica) y no animados, que en todo caso cobran agencia en el vínculo. Así, los procesos como los ciclos del agua, el movimiento del viento, los cambios estacionales, la erosión del suelo o los movimientos de los astros como el sol y la luna, también contribuyen al paisaje. Estas dinámicas materiales interactúan con las actividades de los seres animados en una red de interdependencia que en este trabajo da sentido a la categoría de paisajes del hábitat rural. Desde esta perspectiva, nos interesa profundizar en la idea de una “arquitectura más que humana”, a fin de desgranar este elemento singular del paisaje en una mirada relacional.

En esa clave más que humana, nos interesa pensar la arquitectura en el hábitat rural como una parte de su paisaje, procurando dar cuenta de los aspectos materiales, racionales y afectivos que lo componen. Dusan C. Kazic (2024) estudia las relaciones animadas que devienen entre campesinos y las plantas. Si bien su objeto de indagación son campesinos que cultivan sus plantas desde una racionalidad agroecológica, la manera en que el autor argumenta para desprender su mirada de la racionalidad productivista colabora en nuestra argumentación. Su planteo nos permite pensar en los lazos afectivos de los campesinos que construyen sus espacios a partir de los árboles y plantas que forman parte del paisaje del hábitat rural. Los conocimientos que tienen de ese entorno crean lazos de enorme vitalidad,

permitiendo un tipo de vínculo que excede los fines utilitarios, sin negarlos. La afectividad es abordada en tanto relaciones animadas, a fin de dar cuenta de los múltiples vínculos sensibles que los campesinos mantienen con la vegetación del entorno y también para resistir al “poder de desanimación de la Economía” (Kazic, 2024, p. 63) que los “regímenes de producción” (Kazic, 2024, p. 71) componen a fin de hacer de ellas un recurso natural, un objeto escindido de lo social, o incluso elementos prescindibles si pensamos en la deforestación del monte nativo en pos de la agricultura intensiva.

Desde esta perspectiva entonces, las plantas, el suelo, la madera, la piedra y otros materiales disponibles localmente tienen propiedades, ritmos y comportamientos que condicionan y coproducen la arquitectura vernácula. Esto supone, en sintonía con Ingold (1993), que hay una materialidad que forma parte del diseño y se anima en el vínculo. Por ejemplo, un árbol usado como sombra en un patio no es solo un objeto utilitario, sino un participante en la vida cotidiana. En ese sentido, las materialidades del paisaje que conforman esta arquitectura no solo pueden ser explicadas en su dimensión utilitaria, sino que dan cuenta de un tipo de lazo vital.

Nos interesa pensar la manera en que esa “arquitectura más que humana” del hábitat rural aloja funcionalidades. Analíticamente, podemos distinguir tres tipos de funcionalidades que se sobreescriben en el espacio: funciones productivas, residenciales/domésticas y actividades socio-organizativas/comunitarias (Cejas, 2020; Cejas y Mandrini, 2022). Las funcionalidades del hábitat pueden pensarse no como categorías fijas, ligadas a un lugar, o separadas entre sí, sino como procesos relacionales que articulan cultura-naturaleza-espacio. Por ejemplo, una huerta no es solo un espacio productivo, sino que también puede tener implicancias sociales (interacción entre miembros de la comunidad por intercambio de frutos de la huerta o de plantas medicinales) y domésticas (cuidado de las plantas que alimentan y forman parte del hogar). En este marco, las funcionalidades no están predefinidas ni asignadas de manera rígida, sino que son fluidas, interdependientes y contextuales, configurándose a través de las actividades cotidianas de las y los campesinos y sus modos de vincularse con el entorno. Es decir, en estas formas de producción de hábitat, generalmente los espacios de habitabilidad y los espacios productivos se superponen, abarcan espacialidades más allá de la vivienda.

Una característica distintiva de esta arquitectura es su diseño disperso, que configura un sistema de lugares, a partir de espacios construidos y también espacios sin edificaciones pero con funciones (siguiendo un ejemplo anterior, las galerías naturales están demarcadas por la sombra de arboledas) distribuidas en un amplio terreno, formando una unidad habitacional compleja. Estas unidades se conciben como un macroespacio que alberga diversos

microespacios o áreas especializadas que conservan su fluidez, ya que pueden alternar diferentes funcionalidades, sin perder especificidad.

En los estudios que hemos realizado, las espacialidades del hábitat rural emergen de las prácticas cotidianas y las relaciones que las configuran. Estas espacialidades no se limitan a espacios fijos o predefinidos, sino que reflejan un entramado dinámico de tareas y usos que pueden superponerse o transformarse según el contexto. Sin embargo, existen recurrencias en las marcaciones que sus habitantes hacen del lugar, que nos permiten señalar al menos cinco tipos de espacialidades que componen el hábitat rural: las cocinas (interiores y exteriores), las galerías (amplias como condición necesaria, sean naturales o construidas), diferentes graduaciones de espacios exteriores (los grados están regidos por la trama de relaciones que se tejen en el lugar, de manera contingente), los espacios para los animales (corrales, parideras, establo, etc.) y las plantas (huertas, cultivos, macetas, canteros, etc.), las construcciones para guardado o depósito (cisterna, silo, galpón, etc.) (Vanoli, 2022, b). Funcionan de manera integral y esos espacios son parte de un universo mayor, compuesto por actividades, usos, situaciones y funciones. Este sistema integral de espacialidades permite pensar en cómo las prácticas humanas y los elementos no humanos del entorno se entrelazan, mostrando una relacionalidad –que Kazic denomina "relaciones animadas"–.

RESULTADOS Y DISCUSIONES: Paisajes del noroeste cordobés

El tiempo-espacio presente como sumatoria de capas de naturaleza contradictoria

El paisaje y el espacio pueden comprenderse como resultado de la interacción entre la naturaleza y la cultura humana. De allí que la noción de paisajes culturales denota formas de organización social y económica de una cultura en su expresión territorial. La reconstrucción cartográfica se ampara en la capacidad que tiene la descripción y la interpretación para develar los atributos del territorio, las lógicas que lo configuraron y los modelos subyacentes de orden espacial.

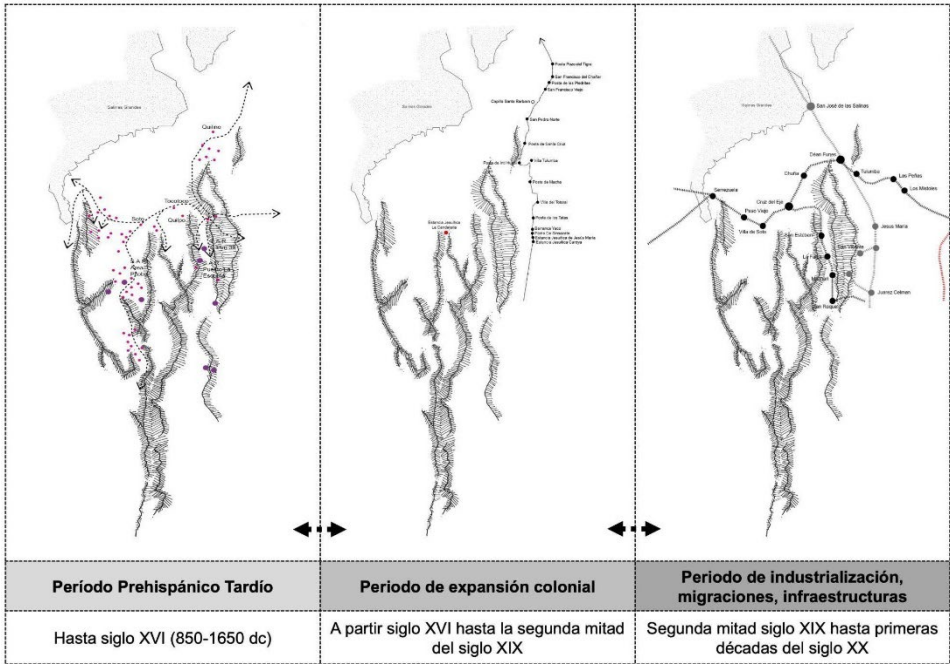
Si bien la condición del hábitat rural suele ser designada como aislada o dispersa en el territorio, las unidades campesinas tienen profundas interacciones y relaciones con la trama territorial más amplia en la que se insertan. El estudio bajo esa perspectiva permite comprender un aspecto central de los modos de vida, históricos, culturales y productivos de la región. Al decir de Urquijo Torres (2020), esta dimensión también nos permite comprender cómo los paisajes adquieren identidades a partir de la memoria; “el paisaje solo es

parcialmente comprensible sin la sociedad que lo transforma. Al mismo tiempo, es la memoria geográfica de diferentes presencias que se han manifestado en él, mostrando sucesivas concepciones o significados sobrepuestos” (Urquijo Torres, 2020, p. 25). Desde esta perspectiva, comprender el paisaje en sus palimpsestos, tensiones, silenciamientos y afirmaciones nos permite comprender una trama históricamente constituida que se expresa en la región, que narramos a partir de las siguientes cartografías.

Estas cartografías (Figura 1) representan la región noroeste de Córdoba a partir de la reconstrucción de sus sierras. Temporalmente se establece un recorrido histórico que en apariencia se estructura como una temporalidad lineal, pero busca una integración con mapeos y cartografías que permitan componer una situación actual compleja. La historia de la región puede organizarse en 4 periodos: 1) primeras ocupaciones vinculadas a preexistencias de la población original (Comechingones y Sanavirones) hasta el siglo XVI; 2) luego la expansión colonial (con referencias como el Camino Real de 1663 y la construcción de la Estancia Jesuítica La Candelaria en 1683), periodo que podría abarcar desde el siglo XVI hasta la segunda mitad del siglo XIX (1573-1853); 3) a partir de la segunda mitad del siglo XIX hasta primeras décadas del siglo XX (1853-1956) que comprende una transformación con la llegada de inmigrantes y colonias agrícolas (1853), la instalación del Ferrocarril Argentino del Norte (1890) y la construcción de las primeras infraestructuras de mayor escala: el trazado de la Ruta Nacional N.º 38 (1935) y el Embalse de Cruz del Eje (1943); y 4) un último periodo que abarca hasta la actualidad², desarrollado en el apartado 3.1. Cada uno de ellos ha generado tensiones, disputas, dominaciones con expresiones espaciales en la configuración del territorio.

² Este periodo no está representado en las cartografías de la Figura 1. Haremos un análisis del paisaje cultural basado en las fotografías etnográficas, procurando coherencia interna en la estrategia metodológica de estudio sobre paisajes del progreso y paisajes del hábitat rural, expresivos del periodo actual.

Figura 1. Cartografías históricas región noroeste



Fuente: Elaboración propia.

Esta periodicidad propuesta encuentra un marco común con el devenir latinoamericano; a pesar de las enormes distancias y diferencias, esta pequeña región experimentó transformaciones territoriales propias de la historia del continente. Hallamos en otras cronologías, que abarcan mayores escalas, semejanzas en los hitos que marcan cambios de periodos que permiten reconocer nuestro caso de estudio como parte de un proceso latinoamericano más amplio. Nos referimos a los trabajos de Romero (2010), quien organiza una lectura de la transformación de las ciudades del continente a partir del reconocimiento de una población originaria; el advenimiento de la expansión europea y el ciclo de fundaciones de las nuevas ciudades; y luego los procesos que definieron las ciudades como hidalgas, criollas, patricias y burguesas, hasta llegar a su masificación. También Hardoy (1972) explora las particularidades urbanas en la historia de América Latina y las organiza en etapas similares en cuanto a las transformaciones territoriales: precolombina, fundacional, colonial, regional autosuficiente, sistema urbano nacional y moderna industrial. Ambos autores, con una fuerte voluntad de comprender el fenómeno espacial latinoamericano como un

conjunto. En una mirada local, Salinardi (2007), quien estudia el proceso de poblamiento de Traslasierra, organiza el análisis en los siguientes periodos históricos: el aborigen (anterior a 1573); hispánico o colonial (1573-1810); criollo o de transición (1810-1880); aluvional o del territorio provincial (1880-1930); y el reciente (desde 1930 y hasta la actualidad).

La región fue un ámbito preferencial para el asentamiento poblacional y la producción, durante al menos tres siglos, particularmente durante el período colonial y hasta mediado el siglo XIX, que es el lapso de tiempo en que el área se ocupa, se coloniza y se integra a la dinámica económica virreinal, que se va apagando en las décadas posteriores a la independencia (Díaz Terreno, 2023). Incluso con anterioridad estuvieron ocupadas por las distintas etnias aborígenes y fueron el área de primera colonización, donde surgieron numerosos poblados y asentamientos productivos distribuidos en las serranías. A finales del siglo XVIII, Córdoba era la provincia con mayor cantidad de población entre aquellas que integraban el Tucumán y Cuyo, con un crecimiento que se sostuvo durante el siglo XIX. Dicha población era predominantemente rural y se concentraba mayormente en las sierras, Traslasierra y los alrededores de la ciudad de Córdoba. Como señala Díaz Terreno (2023), pese a integrar durante un largo período los espacios preferenciales de ocupación, la geografía montañosa del norte de Traslasierra también determinó la marginalidad del área desde mediados del siglo XIX cuando la modernidad y el progreso se orientaron hacia otras partes del territorio provincial.

Como señalamos con Rivera Cusicanqui (2015) esta aproximación nos permite reconocer una lectura integral del presente, pero no necesariamente homogénea. Además, este presente complejo, mediado por la historia colonial, supone la continuidad de los modos de habitar campesinos, que no pueden ser expresados como indígena o europeo, tradicional o moderno, sino como un mestizaje que dio origen a sectores de población criolla. Esta mixtura, lo *ch'ixi* (Rivera Cusicanqui, 2015), abarca lo cultural, incluyendo elementos caros a nuestra perspectiva, como los aspectos materiales y sus expresiones espaciales. Esto se vuelve evidente en las tensiones que profundizaremos a continuación, entre los paisajes del progreso y los paisajes de hábitat rural.

Paisajes del progreso: lógicas de desanimación y extractivismo

La región del noroeste se caracteriza por un relieve serrano compuesto por cordones montañosos, pampas serranas y valles, que han proporcionado durante siglos condiciones favorables para la subsistencia a través de alimentos, cultivos y la cría de animales. Aunque el clima y el suelo de esta zona no son aptos para el cultivo intensivo de cereales y oleaginosas

característico de la pampa húmeda, en los últimos años las áreas de pampas serranas fueron territorio de transformaciones hacia monocultivos. En las últimas décadas, esta región ha atravesado una profunda transformación territorial impulsada por el modelo extractivista, marcado por la incorporación de nuevas tecnologías, la intensificación de la producción agroindustrial y la creciente apropiación de recursos naturales, al decir de Dang (2021), los paisajes tienen peso político y denotan una desposesión violenta.

La Figura 2 retrata un escenario agrario que remite al modelo agroindustrial dominante, un paisaje que contrasta marcadamente con las regiones rurales campesinas que históricamente caracterizaron el noroeste de Córdoba, más precisamente, la fotografía corresponde a la Pampa de Pocho, un área profundamente transformada por la expansión del capitalismo agrario. Este paisaje puede interpretarse como una manifestación de las narrativas del progreso, donde la tecnificación y la transformación del territorio responden a las lógicas extractivistas propias del capitalismo agrario.

Figura 2. Pivote de riego



Fuente: archivo personal de los autores.

Dos elementos destacan en la imagen y sitúan este paisaje en la región noroeste. Primero, las Sierras Grandes en el horizonte, cuya presencia simbólica ancla el paisaje en una territorialidad específica, a pesar de las transformaciones que lo han reconfigurado. Segundo, el pivote como sistema de riego, una tecnología que simboliza tanto la modernización del agro como la tensión entre las dinámicas de apropiación y los límites naturales del territorio. Desde la perspectiva de los paisajes culturales, el pivote no es solo

un elemento técnico, sino un marcador del cambio en las relaciones entre cultura y naturaleza. Este dispositivo, al permitir la extracción de agua en zonas áridas, reconfigura la relación histórica entre el ser humano y el entorno, donde las prácticas campesinas sostienen una interacción más equilibrada con los ciclos naturales. En el trabajo de campo observamos fuertes tensiones entre estas expresiones espaciales, como la que retrata la Figura 2, y dichos habitantes del lugar, que miden el uso del agua, registran claramente los periodos de lluvia y de “seca”, y gestionan con esa información tiempos y prácticas de interacción con el entorno.

Siguiendo con los elementos que ofrece la Figura 2, podemos ver que se trata de un suelo intervenido, preparado para la producción intensiva, en el que la uniformidad del color y la textura son equivalentes a la uniformidad de las prácticas agroindustriales, que tienden a borrar las diversidades culturales y naturales que caracterizan los paisajes campesinos. Esta producción del espacio puede ser leída como parte de la desanimación del paisaje, una transformación que desarticula las conexiones vivas y animadas entre los habitantes y su entorno, haciendo de las plantas que crecen (principalmente soja y maíz transgénicos) objetos orientados al mercado, ligados a las lógicas de producción, maximización de rendimiento, etc.

En ese sentido, vale señalar que el estallido del monocultivo sojero desde los años 90 ha sido uno de los fenómenos problemáticos más agudos en la transformación del territorio, al que se le sumó en los últimos años la producción de maíz. Estos cultivos, mayoritariamente transgénicos como se señaló, han desplazado prácticas agrícolas tradicionales y diversificadas, promoviendo un monocultivo que agota los suelos y altera los ciclos ecológicos. La expansión de la frontera agrícola, impulsada por la alta demanda global de estos productos, ha promovido la deforestación y la degradación de los ecosistemas locales, los cuales tienen como resultado esas imágenes de homogeneización del paisaje y vaciamiento social. En estos últimos años también comenzó, en este territorio, la producción de bioetanol a partir del maíz y el biodiésel a partir del procesamiento de la soja. Un proceso que implicó la desterritorialización de las prácticas campesinas y la reterritorialización del capitalismo agrario.

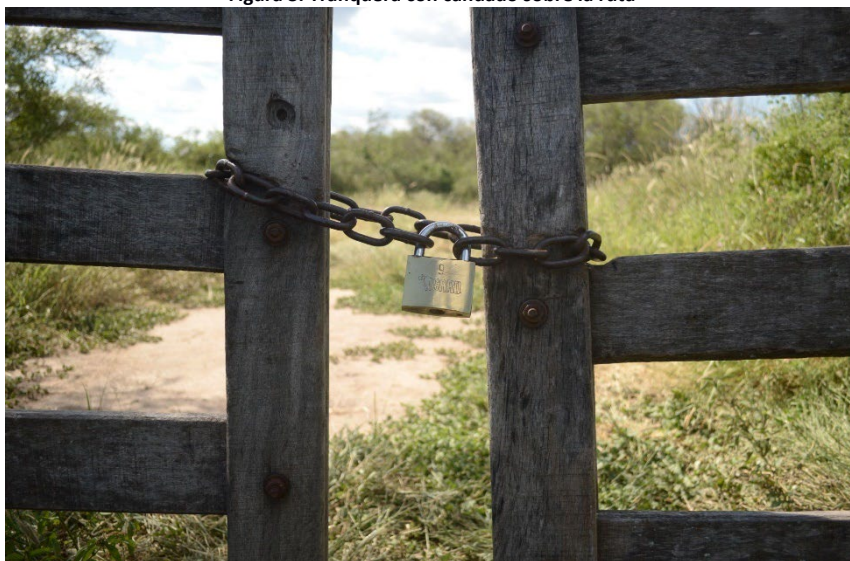
Sin embargo, la presencia de las Sierras Grandes en el fondo actúa como un vestigio de los paisajes culturales del hábitat rural campesino, recordándonos las tramas históricas que conforman esta territorialidad. Estas sierras, más allá de su carácter físico, representan un elemento identitario que ha interactuado con las prácticas y saberes campesinos durante generaciones. En este sentido, el paisaje no puede ser entendido únicamente como un

escenario estático o un recurso productivo, como se intenta imponer como lógica superlativa, sino como un entramado de relaciones dinámicas, que dan lugar a tensiones entre el progreso y la persistencia de tradiciones.

Lo que intentamos sugerir aquí es que la imagen, más allá de su apariencia uniforme, contiene capas de significado que permiten abordar los conflictos y continuidades en la producción del espacio rural contemporáneo. El pivote de riego y el campo arado no son meros indicadores de la modernización agraria, sino símbolos de las disputas por el territorio, donde las dinámicas extractivistas tienden a desplazar las prácticas tradicionales, pero sin lograr borrarlas por completo.

La Figura 3 retrata una tranquera cerrada con una cadena y candado, un elemento aparentemente cotidiano en el paisaje rural que, sin embargo, simboliza una transformación profunda en las dinámicas territoriales. Este cierre de un camino, originalmente público, evidencia la apropiación del espacio como parte del proceso de transformación impulsado por el modelo extractivista. Desde la perspectiva de los paisajes culturales, la tranquera no es solo un objeto funcional, sino un marcador de una narrativa territorial dominante que desarticula las relaciones históricas entre los habitantes y el entorno.

Figura 3. Tranquera con candado sobre la ruta



Fuente: archivo personal de los autores.

El monte nativo, que todavía es visible al fondo de la fotografía, actúa como un vestigio de las dinámicas previas a la expansión del agro extractivista. Su presencia, cada vez más fragmentada, simboliza las tensiones entre los paisajes del hábitat rural campesino y los paisajes del progreso. Siguiendo a Massey (2008), este paisaje es producto de relaciones atravesadas por estructuras desiguales de poder, donde las dinámicas de acaparamiento y cercamiento responden a una racionalidad privatizadora que redefine las fronteras entre lo público y lo privado. El progreso que supone el extractivismo impone una racionalidad de la propiedad privada: corrimiento inconsulto de delimitaciones territoriales, acaparamiento de tierras, cercamientos de campos, uso masivo de alambrados perimetrales y apropiación de caminos.

El contexto histórico de la fotografía, tomada en 2016, refuerza esta lectura. A solo unos metros de la ubicación de la figura 2, esta tranquera cerrada señala la proximidad entre las lógicas extractivistas y las resistencias campesinas, que conviven en una tensión constante. El camino que el GPS (Sistema de Posicionamiento Global, por sus siglas en inglés), nos identificaba que era público, estaba en verdad integrado al ciclo de transformación territorial, convertido en un espacio restringido y al servicio de la producción agroindustrial. Lo que este cercamiento nos dice sobre las transformaciones en el habitar rural puede expresarse como un modo de desarticulación de lo comunitario, una de las funcionalidades que señalamos anteriormente, ya que esta apropiación privada borra o debilita las infraestructuras y prácticas compartidas que sostienen las territorialidades campesinas.

El campo que ha sido regado con pivote, donde antes hubo soja y ahora la tierra yace seca tras la cosecha (Figura 2), junto a la tranquera (Figura 3), retratan en su conjunto las transformaciones territoriales que históricamente han ocurrido en la región, tal como señalamos en el apartado (Paisajes del hábitat rural y arquitectura más que humana) Más allá de su función productiva, ambas imágenes representan la hegemonía de un modelo territorial basado en la explotación intensiva de recursos, que desarticula las prácticas sostenibles y relacionales propias del hábitat rural. En contraste, el monte nativo en el horizonte de la tercera figura, al igual que las Sierras Grandes en la segunda, recuerdan las tramas históricas y culturales que alguna vez definieron la región, convirtiéndose en un marco que pone en tensión las lógicas del progreso con las memorias geográficas del lugar.

Paisajes del hábitat rural y arquitectura más que humana.

El hábitat rural campesino está compuesto por un sistema de lugares diferenciados y distribuidos en el espacio. La Figura 4 muestra uno de estos lugares, en este caso con una

función principal de depósito. Los espacios destinados al guardado y almacenamiento de alimentos, insumos y herramientas son característicos en el medio rural. A menudo encontramos espacios especialmente destinados para esto, los que con su gran diversidad de formas y materiales constructivos se constituyen como lugares típicos del paisaje rural (Vanoli, 2022b).

Figura 4. Vista lateral de un espacio de guardado



Fuente: archivo personal de los autores.

Estas construcciones, como el resto de los espacios del sistema de lugares, tienen características materiales singulares arraigadas al territorio. Reflejan y reproducen formas de interacción con el ambiente que, además de funcionales, son simbólicas y relacionales. El uso de materiales locales, como los horcones de madera, los bloques de adobe y la cubierta vegetal visible en la fotografía, no son solo una práctica constructiva, sino también una forma de relacionarse con el entorno, de aprovechar de manera responsable los materiales del lugar y de mantener un equilibrio con el ambiente. Esto conjuga una racionalidad ambiental y un sentido relacional que se expresan en la dimensión estética.

Históricamente, se han utilizado elementos naturales como plantas, cañas, madera, piedra, arcilla y arena, junto con materiales de producción local como cueros, lana, grasas y pinturas vegetales. A estos se suman, en menor medida, materiales industrializados, cuyo acceso es más limitado. La elección de cada uno de los materiales que conforman los espacios construidos no tiene que ver, solamente, con la disponibilidad en el lugar. La expresión que tiene la arquitectura en este espacio es producto de un tipo de conocimiento construido en el lugar y a través de generaciones. El valor de ese acervo cultural tradicional, que se hace expresivo en la arquitectura del lugar, reside en su vigencia; lo tradicional es valioso por su potencia en acto, no en un sentido moral ni de romantización de un pasado que se conserva intacto. Ese conocimiento produce un tipo de relación con la materialidad: no cualquier tierra sirve para construir paredes de adobe, no cualquier fibra natural es apta para construir techos, no cualquier árbol brinda la forma apta para un horcón.

En la construcción visible en la Figura 4, los horcones de madera con extremos en forma de "V" sostienen vigas del mismo material, mientras que los bloques de adobe conforman los cerramientos, la cubierta vegetal utilizada en el techo remata el conjunto. Esta foto, fue tomada en un paraje campesino próximo a Chancaní, la mayoría de los materiales son locales, ensamblados a través de técnicas de autoconstrucción aprendidas por generaciones que vivieron allí. Lo que más destaca de la foto es la gama de colores, los materiales sin mayor alteración, en bruto, que también son parte del paisaje, integran el suelo local, reforzando un vínculo simbólico y físico con el territorio.

El monte nativo observable al fondo, compuesto probablemente por espinillos y algarrobos, no solo enmarca la construcción, sino que también conecta esta espacialidad con el paisaje cultural del hábitat rural campesino. Este entorno natural no es un trasfondo pasivo, sino un participante activo en las dinámicas cotidianas y productivas de la región. Los árboles nativos, como parte del monte, proveen sombra, delimitan espacios y, en ocasiones, se integran directamente como material de construcción y fuente de alimentos, como la preciada algarroba.

No obstante, es evidente que la construcción muestra signos de deterioro, lo que sugiere que su mantenimiento no constituye una prioridad. Como cualquier otro tipo de tecnología y materialidad, el mantenimiento es fundamental para la calidad de vida en el tiempo. Este aspecto debe entenderse dentro de la compleja situación socioeconómica que enfrenta la ruralidad en Córdoba, la cual registra el mayor índice de población con Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) (Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2010).

Por otra parte, la Figura 5, también tomada en Chancaní, destaca la centralidad de los animales en el paisaje rural, no solamente como parte del sistema productivo sino también como actores fundamentales de las dinámicas cotidianas y espaciales del hábitat. En ese sentido, la arquitectura más que humana integra a los animales en el continuo cultura-naturaleza-espacio; la imagen muestra gallinas en primer plano, ovejas dispersas en el centro cerca de los comederos y también algunas al fondo dentro de áreas de corrales-parideras. La distribución de animales en el corral refleja una organización de prácticas y espacios que, si bien es coordinada, está arraigada en las formas tradicionales de cría campesina, donde el pastoreo libre es una práctica fundamental. Este sistema permite que los animales como las cabras recorran distancias amplias en busca de las mejores pasturas y agua en el monte, integrándose así a los ciclos naturales del territorio. Este sistema, además, evita la extrema erosión del suelo en el peridomicilio. Esto supone no solamente otra dimensión de la racionalidad ambiental, sino también un profundo conocimiento de los ciclos del entorno, en equilibrio dinámico entre necesidades humanas, animales y de los ciclos naturales de la tierra. Sin embargo, las transformaciones territoriales impulsadas por la modernización y el capitalismo agrario han provocado un cambio significativo en estas prácticas. El desmonte por sojización con los nuevos dispositivos tecnológicos, la privatización de estas tierras y el consecuente cercamiento han reducido el acceso a esas pasturas de uso común, desarticulando las relaciones ampliadas entre los animales y el monte, y afectando estas formas de sostenimiento de la vida.

Figura 5. Un corral



Fuente: archivo personal de los autores.

Las vincularidades con animales no se limitan, desde luego, a los animales presentes en la fotografía. Podemos pensar en la diversidad de especies que constituyen el hábitat rural, lo que aumenta la diversidad de vínculos y afectividades que entran las relaciones más que humanas en la ruralidad. Estas afectividades no tienen que ver necesariamente con el cariño, puede ser de hastío por alguna cualidad del animal, de asco o tristeza ante alguna enfermedad, incluso de miedo o, algo más abierto que fue mencionado en trabajo de campo, “tener la atención dispuesta” a ellos. Así, este vínculo no se limita a los animales del corral o a aquellos que favorecen el traslado, como los caballos o los burros, sino que podemos pensar también en animales que adquieren el rol de mascotas, de guardianes, de compañía al decir de Haraway (2019). De esta manera, se configura una arquitectura más que humana, en tanto los espacios y materiales del hábitat integran un repertorio de relación interespecies, constitutivas de la vitalidad del paisaje rural, dado por la disposición a esa vincularidad.

En términos espaciales, la disposición de los elementos en la fotografía es una expresión clara de la organización exterior del hábitat rural campesino. Observamos los corrales y jaulas de animales, las parideras, los depósitos de alimentos y herramientas, todos ubicados próximos a lo que podemos nombrar como “vivienda principal”. Esta proximidad no es casual, sino parte de una lógica funcional que permite articular tareas productivas y domésticas de manera integrada. La cocina exterior, que no vemos en la imagen, suele ser un espacio intermedio clave, funcionando como un puente entre el interior y el exterior. Este espacio permite la producción de alimentos (sean para la familia o para comercializar) al mismo tiempo que la disposición de la atención hacia los animales (Cejas y Mandrini, 2022). Esto puede entenderse como una forma más de vincularidad entre lo humano y no-humano que configura el paisaje, una trama en constante movimiento, cultura-naturaleza-espacio.

La misma fotografía, además, nos ofrece una representación del corral como espacio funcional dentro del hábitat rural, evidenciando cómo las prácticas constructivas integran tanto materiales locales como elementos industrializados. Al observar la imagen podemos advertir que cuando hablamos de materiales locales, como materiales vernáculos, también podemos encontrar otra connotación, que refiere a materiales que *tienen a mano*. No todas las técnicas constructivas se remontan a sistemas tradicionales, lo que bien podría resultar una mirada esencialista de las prácticas campesinas. En la actualidad, el modo de resolver los espacios incorpora una mixtura de elementos, como por ejemplo lo que podemos ver en la foto: troncos de madera de la zona, oficiando de columnas, chapas onduladas para la cubierta del techo, *pallets* o tarimas de madera reutilizadas como cerramiento y algunos bloques de cemento como insumo. Este tipo de envolvente es utilizada porque el destino de

ese depósito no requiere hermetismo. Desde la perspectiva de los paisajes culturales, esta integración de elementos diversos no contradice lo vernáculo, sino que amplía su significado, acentuado por las texturas y los colores similares, que conservan el mismo efecto paisajístico.

Cualquiera sea el material que se utiliza para la construcción de estos espacios, prevalecen aspectos comunes. Existe una lógica relacional que fundamenta la racionalidad ambiental, basada en un sentido pragmático que se expresa en la estética del paisaje: la integración de ciclos y temporalidades que dan forma a los materiales y a los espacios construidos, la reutilización de materiales basados en la reinterpretación para nuevas aplicaciones en diseños funcionales a las prácticas cotidianas y al acervo de conocimientos transgeneracionales que adquiere nuevas expresiones espaciales.

En ambas imágenes la escala de los elementos que componen ese paisaje también es un dato para registrar. Nada sobrepasa la altura del monte que tienen alrededor, de árboles que de por sí tienen alturas medias y bajas del promedio que configuran la vegetación de la ecorregión del chaco seco del cual forma parte.

El tipo de relación en la que se intenta profundizar aquí no es solo el de utilidad aplicada a la arquitectura. El acervo de conocimientos mencionado habilita un vínculo que anima y otorga vitalidad a todos los elementos que componen el paisaje del hábitat y se expresan en esta arquitectura más que humana. Las tareas de cuidado, la afectividad y el conocimiento que suponen el cultivo o la selección de los materiales que luego serán utilizados para la construcción de las viviendas o los corrales no pueden reducirse a esa última instancia, es decir, sus usos. Desde esta perspectiva, los materiales no son simples recursos, sino agentes activos que participan en la configuración del paisaje del hábitat.

En el hábitat rural, la arquitectura no puede entenderse sin considerar cómo las y los campesinos se relacionan con el entorno natural y construido. Las construcciones vernáculos no son solo resultado de necesidades funcionales, sino expresión de un diálogo con el territorio y sus ritmos. En este contexto, las plantas y la tierra, pero también los materiales de otros orígenes son incorporados como parte de las construcciones (los techos realizados con cubierta vegetal, los ladrillos de adobe o los corrales hechos a partir de troncos o tarimas reutilizadas, por mencionar algunos ejemplos que se observan en las fotografías) no son objetos pasivos, sino agentes que contribuyen al sostenimiento de la vida campesina. Son parte de la resistencia y se oponen a la desanimación propia de las lógicas productivistas.

El corral y su entorno son, por tanto, parte de un sistema mayor que resiste la desanimación característica de las lógicas productivistas. La relación entre las construcciones vernáculos,

los materiales reutilizados y el monte nativo expresa una resistencia activa, donde las prácticas campesinas no solo mantienen su relevancia, sino que se reinventan constantemente para dialogar con un entorno transformado. Este corral, lejos de ser un espacio estático, encarna la vitalidad de un hábitat que se mantiene en movimiento, en diálogo constante con el territorio y sus ritmos naturales y culturales.

Conclusiones

Este trabajo busca reafirmar la importancia de abordar el hábitat rural como un entramado relacional, donde los espacios y las prácticas campesinas integran lo cultural, lo natural y lo construido en un diálogo constante. A partir de la noción de arquitectura más que humana, se subraya que estas espacialidades no solo satisfacen necesidades funcionales, sino que expresan un vínculo vital con el territorio, relaciones animadas con los elementos del entorno, a través del cual se conoce e interacciona. En ese sentido, es posible pensar en una vinculación vital que da sentido al paisaje del hábitat rural y a la arquitectura.

Esto se opone a la mercantilización del paisaje, propio de la racionalidad capitalista extractivista, en el que la escisión entre sociedad y naturaleza es condición de posibilidad para trazar la relación sujeto-objeto moderna. Las prácticas campesinas impugnan la lógica productivista al mantener vínculos de afectividad asociados a una racionalidad ambiental, que resisten a la desanimación moderna. Incluso, los registros fotográficos dan cuenta que, con el uso de materiales industrializados en las construcciones, procuran la reutilización y el reciclaje de los materiales disponibles. Las huellas de resistencia en el paisaje del hábitat rural en el noroeste cordobés se manifiestan en la persistencia de técnicas constructivas ancestrales, en las maneras en que usan los materiales y en los diseños que configuran su arquitectura. Todo esto implica un conocimiento situado del entorno, de los materiales disponibles y sus tiempos. En cuanto a los diseños, la coexistencia de espacios multifuncionales constituye una forma de resistir la homogeneización impuesta por las políticas agroindustriales o de las lógicas urbano-céntricas que escinden lo residencial de lo productivo.

La interpretación de las cartografías presentadas también aporta una mirada sobre las tramas relacionales en las diferentes escalas, allí podemos recuperar que el modo de vida rural del presente está conformado por una larga historia anclada al territorio. En este, además, existen vínculos de cercanía entre unidades campesinas, parajes, comunas y otras localidades. Sea por cuestiones administrativas o de comercialización, existen relaciones y

funcionamientos en conjunto que se oponen a la idea del hábitat rural como un elemento aislado en el territorio.

En un sentido, este estudio busca contribuir a los debates en torno al paisaje y los territorios, a partir de reconocer cómo la tradición de las prácticas campesinas son una manera de ofrecer alternativas críticas a las narrativas del progreso y al modelo agroindustrial dominante. En la relación que hemos señalado, se fundamenta un tipo de racionalidad ambiental que se expresa en la estética del paisaje. Al articular los conceptos de paisaje cultural, relación y arquitectura campesina, el artículo se inscribe en una corriente contemporánea que busca aportar a la superación de la dicotomía entre naturaleza y cultura, incorporando la dimensión espacial y resituando el hábitat rural en una perspectiva más que humana.

Bibliografía

Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Editorial Itaca

Cejas, N. (2020). Para descolonizar el hábitat rural. Un análisis de la matriz colonial de las políticas públicas habitacionales en Córdoba (Argentina). *Territorios*, (43), 1-22. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/a.8150>

Cejas, N. (2024). Erradicación de escuelas y viviendas rancho: Producción del espacio como pedagogía colonial. *Revista Estudios Rurales*, 14(29), 1-17. <https://doi.org/10.48160/22504001er29.513>

Cejas, N. y Mandrini, M. R. (2022). La cocina: espacio de resistencia material y simbólico en el hábitat campesino. En Vanoli, Sesma, Garay y Bocco (Coords.), *Hábitat rural-campesino: tensiones y disputas en la producción del territorio* (pp. 0-0). Café de las Ciudades.

Dang, T. K. (2021). Decolonizing landscape. *Landscape Research*, 46(7), 1004–1016. <https://doi.org/10.1080/01426397.2021.1935820>

Demangeon, A. (1956). *Problemas de la geografía humana*. Ediciones Omega.

Díaz Terreno, F. (2023). *Constelaciones rurales serranas. Lógicas de ocupación, paisaje cultural y proyecto territorial en el Norte de Traslasierra, Córdoba, Argentina*. Café de las Ciudades.

Geertz, C. (1992). *Descripción densa: Hacia una teoría interpretativa de la cultura*. En *La interpretación de las culturas*. Gedisa.

Gordillo, G. (2018). *Los escombros del progreso. Ciudades perdidas, estaciones abandonadas y deforestación sojera en el norte argentino*. Siglo Veintiuno Editores.

Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.

Hardoy, J. (1972). *Las ciudades en América Latina. Seis ensayos sobre la urbanización contemporánea*. Paidós.

Ingold, T. (1993). *La temporalidad del paisaje* (M. Lepori, Trad.). Taylor & Francis. (Trabajo original publicado en 1993, The temporality of the landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174). <https://doi.org/10.1080/00438243.1993.9980235>

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010*. Instituto Nacional de Estadística y Censos.

Kazic, C. (2024). *Cuando las plantas hacen lo que les da la gana. Concebir un mundo sin producción ni economía*. Cactus.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.

Leff, E. (2019). *Ecología política. De la deconstrucción del capital a la territorialización de la vida*. Siglo XXI Editores.

Massey, D. (2008). *Ciudad mundial*. Fundación Editorial el perro y la rana.

Pink, S. (2021). *Etnografía visual*. Ediciones Morata.

Rivera Cusicanqui, S. (2015). *Sociología de la imagen. Miradas Ch'ixi desde la historia andina*. Tinta limón.

Romero, J. L. (2010). *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Siglo Veintiuno editores.

Salinardi, J. (2007). *Córdoba y Traslasierra: Integración y disgregación*. Lerner editora.

Urquijo Torres, P. (2020). Paisaje cultural: un enfoque pertinente. En Urquijo y Boni (Coords.). *Huellas en el paisaje. Geografía, historia y ambiente en las Américas* (pp. 0-0). Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental UNAM (CIGA-UNAM).

Urquijo Torres, P. (2023). *Personalidad del paisaje en localidades rurales: Perspectivas desde la geografía cultural y la historia ambiental* [Conferencia]. Universidad Blas Pascal, Argentina.

Vanoli, F. (2022a). Arquitectura rural. El hábitat campesino como patrimonio vigente. *Revista De Sociología*, 1(34), 55-68. <https://doi.org/10.15381/rsoc.n34.24221>

Vanoli, F. (Coord.). (2022b). *Hábitat rural campesino. Catálogo de espacialidades*. AVE.

Vanoli, F. y Mandrini, M. R. (2021). Sustentabilidad y hábitat campesino: abordajes desde la ecología política en el territorio rural de Córdoba, Argentina. *Vivienda Y Comunidades Sustentables*, (9), 77-89. <https://doi.org/10.32870/rvcs.v0i9.160>

Sobre los autores

Noelia Cejas

Licenciada en Comunicación Social, por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y Doctora en Estudios Sociales de América Latina, por la misma universidad. Es Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro Experimental de la Vivienda Económica (CEVE, CONICET-AVE) desde 2016. Es responsable del área de Estudios Socio-territoriales del Hábitat, en CEVE y directora de carrera científica, becarios/as doctorales y postdoctorales de CONICET. Es profesora interina por concurso en Antropología Sociocultural y del Seminario optativo Antropología y Comunicación: "Etnicidades contemporáneas y lógicas mediáticas de producción de alteridades indígenas" de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la UNC. Coordina y participa en diversos proyectos de investigación, extensión y desarrollo. Es autora y coautora de numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales. Los temas de investigación versan sobre procesos socio-territoriales del hábitat rural; y las líneas de investigación articulan interrogantes desde las epistemologías del sur, la filosofía política, el feminismo, la antropología, la geografía crítica y últimamente desde perspectivas posthumanistas.

Directora de la investigación/primera autora.

Fernando Vanoli

Arquitecto por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y Doctor en Estudios Sociales de América Latina por la misma universidad. Es Becario Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro Experimental de la Vivienda Económica (CEVE, CONICET-AVE), en periodo de extensión pendiente a efectivización como Investigador Asistente. Es Profesor Asistente en Arquitectura VI-B (tesis) de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UNC. Coordina y participa en diversos proyectos de investigación, extensión y desarrollo. Es autor y coautor de numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales, además de autor y compilador de libros. Los temas de investigación son sobre hábitat, territorio, ruralidad y ambiente; y las líneas de investigación que se centran en perspectivas relacionales y multiescalares del territorio en perspectiva ambiental.

Codirector de la investigación/segundo autor.